

**El Entramado Narrativo de la Pérdida y el Duelo:
Un Estudio de Caso desde la Terapia Familiar Constructivista**

Luis Botella

Olga Herrero

Facultat de Psicologia i Ciències de l'Educació Blanquerna

Universitat Ramon Llull

“Sus ojos se cerraron... y el mundo sigue andando”

Carlos Gardel

Este capítulo presenta la discusión y comentario de un caso de terapia enfocado desde una óptica constructivista narrativa y en el que el motivo de demanda está directamente relacionado con un proceso de duelo en la familia. Nuestro enfoque de estos procesos se encuentra elaborado con más detalle en otras publicaciones (véase Botella, Neimeyer, Figueras, Herrero, Pacheco, & Werner-Wildner, in press). En este trabajo resaltaremos aquéllos puntos que nos parecen más significativos y relevantes.

No presentamos este caso como ejemplar en ningún sentido, dado que desde nuestra perspectiva cada caso es potencialmente único. De hecho, algunos de sus detalles lo hacen ciertamente peculiar, entre otros el nivel cultural y la sofisticación literaria de nuestro cliente. Sin embargo, sí ejemplifica nuestro uso integrador de técnicas de diversa procedencia desde una concepción narrativa de la construcción del significado de la experiencia y del cambio terapéutico (véase Botella y Pacheco, este volumen). Por supuesto, no por tratarse de una terapia narrativa es únicamente aplicable a clientes con formación literaria: en otros trabajos hemos presentado estudios de casos desde metodologías compatibles que varían ampliamente en cuanto a las características de los clientes, incluyendo nuestros trabajos con autobiografías como técnica de terapia grupal con ancianos (véase Botella y Feixas, 1993; 1998).

El Duelo desde una Perspectiva Constructivista Narrativa:

De la Ausencia de Significado al Significado de la Ausencia

Las teorías tradicionales del duelo (por ejemplo, Canine, 1990; Engel, 1964; Kubler-Ross, 1969; Lindemann, 1944) han sido objeto de críticas que

sugieren la necesidad de elaborar enfoques con mayor validez ecológica. En primer lugar, estas teorías consideran la muerte o la pérdida como una realidad objetiva, suponiendo que es igual para todos, en cualquier cultura e independientemente de cómo se haya producido dicha muerte. En consecuencia suponen que existen etapas universales de recuperación, por lo que todo ser humano debería pasar por ellas sin grandes diferencias en dicho proceso. Así, otorgan al doliente un papel pasivo. El mensaje de este tipo de teorías parece ser que, independientemente de lo que uno pueda o esté dispuesto a hacer, pasará irremediamente por esas etapas y experimentará los sentimientos consecuentes con aquélla en la que se encuentre. De este modo, tampoco un terapeuta puede hacer gran cosa por su cliente, aparte de acompañarle mientras espera pacientemente a que pase por todas las fases del proceso. Estas perspectivas reducen el poder de acción tanto del cliente como del terapeuta, subestiman el significado personal de la pérdida y las acciones que uno pueda llevar a cabo para superarla, y se centran excesivamente en las reacciones emocionales compartidas.

En segundo lugar, otra crítica que han recibido es que todo proceso de duelo que siga cursos distintos de los prescritos como “normales” es considerado patológico. La consecuencia que esto conlleva es la exigencia de regresar al funcionamiento “normal” cuanto antes.

Por último, desde tales enfoques se dedica muy poca atención a las reacciones de distintas personas ante una misma pérdida; se contempla la aflicción como la experiencia privada de un individuo aislado, sin tener demasiado en cuenta su entorno socio-familiar o sus creencias religiosas, espirituales, filosóficas o trascendentes. La tendencia de estas teorías es la de ver el duelo como una experiencia exclusiva de quien lo sufre.

Las críticas mencionadas hasta este momento se basan en las limitaciones que suponen las teorías tradicionales del duelo tanto para la actuación de los profesionales como para la de las personas que intentan elaborar el duelo o afrontar su propia muerte. Frente a tales teorías, autores de procedencia constructivista han propuesto en los últimos años la elaboración de un modelo alternativo, basado en una visión del duelo como proceso de reconstrucción del significado ante una pérdida (Botella et al., in press;

Neimeyer, 1997; Neimeyer, Keesee, y Fortner, 1997; Neimeyer y Stewart, 1996).

Dicha conceptualización constructivista narrativa asume, en primer lugar, que la pérdida no es algo “objetivo” que distintas personas interpreten y vivan de igual manera, pasando por las mismas etapas y experimentando los sentimientos propios de cada una de ellas. Se basa en un reconocimiento de la visión proactiva del ser humano, partiendo de la asunción de que estamos comprometidos en un proceso de construir activamente nuestra realidad o visión del mundo, en lugar de considerar que existe una verdad “objetiva” que puede ser descubierta reactivamente por el sujeto. Así, la persona deja de jugar un rol pasivo para convertirse en alguien que de forma activa afronta los desafíos que le plantea la pérdida. También se centra en el significado que la pérdida tiene para cada uno, en lugar de hacerlo únicamente en sus reacciones emocionales compartidas. En consecuencia con su intención despatologizadora, no intenta prescribir lo que se considera como un duelo “normal”. Asimismo, considera cómo la pérdida transformará para siempre el mundo personal en lugar de sugerir ilusoriamente una “recuperación” que permita volver a un estado previo. Finalmente, y sin olvidar que el duelo es un proceso idiosincrásico, esta conceptualización incorpora la consideración del contexto social y familiar.

Neimeyer, Keesee y Fortner (1997) proponen seis supuestos básicos para la elaboración de un modelo conceptual constructivista narrativo del duelo, que nosotros mismos hemos utilizado para su aplicación a una investigación cualitativa de estudio de caso con resultados prometedores (véase Botella et al., in press):

1. La muerte, como cualquier acontecimiento, puede validar o invalidar las suposiciones que forman la base sobre la que organizamos nuestra vida, o puede constituir una experiencia nueva para la cual no tenemos construcciones.

2. El duelo es un proceso personal, idiosincrásico, íntimo e inextricablemente unido a nuestro sentido de identidad.

3. El duelo es algo que nosotros mismos hacemos, no algo que se nos hace.

4. El duelo es el acto de afirmar o reconstruir un mundo de significado que ha sido desafiado por la pérdida.

5. En el duelo los sentimientos tienen sus funciones y deben ser entendidos como señales de nuestros esfuerzos por atribuir significado.

6. Todos construimos y reconstruimos nuestra identidad como supervivientes de la pérdida en negociación con los demás.

En consonancia con lo antedicho, la definición de acontecimiento traumático que adoptan Neimeyer y Stewart (1996) es la propuesta por Sewell (1996; Sewell, Cromwell, Farrell-Higgins, Palmer, Ohlde, y Patterson, 1996) que elaboraron un modelo constructivista del trauma a partir del estudio de la forma en que definimos nuestras experiencias. Sewell (1996) considera, al igual que Kelly (1955/1991), que los individuos otorgan significado a los acontecimientos y situaciones en función de sus experiencias previas. Conforme se van experimentando nuevas situaciones, se van creando nuevos constructos que permiten relacionar la nueva situación con las que se han vivido previamente. No obstante, una experiencia traumática (tal como una pérdida significativa) puede bloquear este proceso y provocar que la situación traumática quede aislada y sin procesar. Por este motivo, Sewell (1996) considera como experiencia traumática cualquier acontecimiento o situación que resulte en esta construcción polarizada y fragmentada.

Tal y como afirman Neimeyer y Stewart (1996), la actividad y operación de una narrativa, es decir, el entramado, organiza los acontecimientos y experiencias de la vida en forma de una historia coherente (Polkinghorne, 1991; Terrell y Lyddon, 1995; Vogel, 1994). Más aun, las narrativas proporcionan coherencia mediante su entramado; construyendo una historia unificada que proporcione una “concordancia discordante” o una unidad concordante con los aspectos incongruentes de la experiencia (Ricoeur, 1991). Estas historias son las que permiten comprender y responder de forma adaptativa a los acontecimientos y situaciones de la vida. Como discutíamos en otro capítulo (véase Botella y Pacheco, este volumen), la narrativa puede ser considerada como el principio organizador de la acción humana.

Si “la estructura de nuestra vida es inherentemente narrativa” (Kirby, 1991, p.40), también lo serán nuestros problemas. En consecuencia, si “las narrativas juegan un papel fundamental en la consecución de continuidad,

orden y una identidad coherente mediante la organización temporal de la experiencia” (Rood, 1997, p. 4), una pérdida significativa o un trauma supondrán la ruptura de esta continuidad.

La víctima de un trauma o quien experimenta la pérdida de alguien o algo significativo siente como si su historia personal estuviera “rota” o “incompleta”. Experimenta el hecho traumático y la vida después del mismo como “dolorosamente fragmentada y desorganizada” (Neimeyer y Stewart, 1996, p. 362), como si estuviera disociada o hecha añicos (Siegel, 1995; van der Hart y Brown, 1992). Esta ruptura traumática de la coherencia temporal de las narrativas personales, especialmente de la narrativa primaria (definida por Neimeyer y Stewart (1996) como la suma de la experiencia de todos los roles que desempeña una persona) es lo que se expresa como una “incredulidad en el futuro” (Rood, 1997). Este es un efecto frecuente y perturbador para quien lo experimenta. A pesar de que las narrativas son específicas para cada rol, la narrativa primaria o dominante es aquella que “proporciona una única voz que satisface la necesidad de orden y coherencia mediante la coordinación de las actividades de atribución de significado y organización” (Rood, 1997, p.6) y que, por lo tanto, proporciona continuidad temporal a la identidad. La ruptura de esta narrativa primaria como consecuencia de un hecho traumático introduce cambios significativos en la visión acerca de uno mismo y del mundo, a menudo reflejados en la invalidación de estas visiones. Además, al experimentar la ruptura como una incapacidad de anticipar el porvenir, los posibles sí mismos¹ futuros aparecen como inciertos y amenazantes (“No tengo ni idea de en quién me convertiré” o “Nunca volveré a ser el mismo de antes”). Quien ha sufrido una pérdida significativa en su vida experimenta este miedo a no volver a ser el mismo que era antes expresando que una parte de él o ella murió con la muerte del otro.

Según Rood (1997), esta discontinuidad temporal de la identidad puede ser lo bastante drástica como para que la persona sienta que también ha perdido su identidad pasada (“No soy el mismo de antes”) y aborrezca su identidad presente (“No puedo soportar la persona que ahora veo en el

¹ A pesar de lo engorroso de la traducción de self como “sí mismo”, en este caso hemos preferido adoptar la versión española ante lo poco familiar que resulta para los lectores de habla hispana toparse repetidamente, como es el caso de este capítulo, con la forma plural de self, es decir selves.

espejo”). Así pues, un trauma o una pérdida significativa provocan una distorsión en la trama narrativa, introduciendo cambios en la visión del pasado, presente y futuro. En la mayoría de casos estos cambios provienen de la invalidación de dichas visiones.

Dado que a medida que se van asumiendo distintos roles se van creando narrativas para que éstos queden entramados (Neimeyer y Stewart, 1996), juntamente con el nuevo sí mismo (el sí mismo traumático) surge también una nueva narrativa--la narrativa del trauma. La creación de este sí mismo traumático y esta narrativa del trauma colocan a la persona en un “mundo traumático”. Esta noción de múltiples sí mismos conformando la identidad y sus correspondientes narrativas, se convierte en una poderosa metáfora para la comprensión del trauma y la pérdida.

Neimeyer y Stewart (1996) señalan que quien ha vivido una experiencia traumática desempeña distintos roles como, por ejemplo, el rol de “víctima”, “persona herida”, “persona que está de luto”, “superviviente”, etc. según la experiencia vivida. Estos nuevos roles llevan a adoptar una historia de vida en la que uno se considera una víctima, e incluso a participar en aquéllas relaciones con los demás que colaboren a reforzar esta nueva descripción sobre uno mismo como víctima vulnerable (Adams-Wetcott, Dafforn y Sterne, 1993) en contraste con su anterior historia de vida.

Este nuevo sí mismo se convierte en una parte esencial de la persona. Tanto es así, que llega a constreñir los otros posibles sí mismos. Según Klion y Pfenninger (1996) mientras exista este sí mismo en su forma original, los procesos psicológicos disponibles para los sí mismos previos quedan limitados por los procesos psicológicos utilizados en la creación del sí mismo traumático. Es como si este último envolviera a los demás de tal manera que la persona llega a sentir que no es quién era antes. Según Neimeyer y Stewart (1996) la existencia de narrativas tan dispares crea traumas secundarios. Esto se debe a que deben afrontarse los roles que son familiares con narrativas que han quedado constreñidas por la narrativa del trauma, potenciándose, de este modo, el sentimiento de pérdida de los sí mismos pasados.

Hasta ahora hemos visto como tras una pérdida significativa o una experiencia que se vive como traumática, aparece una disonancia en la identidad (Rood, 1997) dada la existencia de una narrativa del sí mismo pre-

traumática y otra post-traumática que entran en conflicto. Ante tal situación cabe plantearse cómo tratar al cliente en terapia. Una de las opciones es ayudarlo a integrar la nueva narrativa con la anterior tal y como proponen Neimeyer y Stewart (1996). Otra es la de Rood (1997), que propone que más que defender esta unificación e integración, se debería ayudar al individuo a aceptar la disonancia con el objetivo de reconstruir el sí mismo futuro y la coherencia de la identidad.

Así, Neimeyer y Stewart (1996) consideran que debe encontrarse la manera de unir el sí mismo traumático y su correspondiente narrativa con los sí mismos anteriores y la narrativa primaria que conformaban la historia de vida del individuo previa a la pérdida o experiencia traumática. Estos autores trabajan con sus clientes en un marco desde el que consideran que la terapia debe permitir la integración de estos sí mismos y narrativas en conflicto en el momento presente.

En cambio, la postura de Rood (1997) consiste en utilizar las distintas voces de la identidad pre- y post-traumática en un intento de construir una orientación en el porvenir y un posible sí mismo futuro. Según este autor, al utilizar estas voces que pertenecen a distintos momentos temporales, la restauración de la coherencia puede empezar sin necesidad de integración. Rood (1997) refuerza su argumento utilizando el corolario de fragmentación de Kelly (1955/1991, p. 58) según el cual “una persona puede emplear sucesivamente varios subsistemas de construcción inferencialmente incompatibles entre sí” (véase Botella y Feixas, 1998).

Este modelo pretende utilizar estos estados disonantes, múltiples, para poder trabajar la reconstrucción de los significados personales y de un futuro esperanzador para el individuo. Su objetivo es ayudar a la persona a establecer de nuevo la perspectiva de porvenir para que el pasado, el presente y el futuro vuelvan a estar encadenados y a reinstaurar la continuidad temporal de la propia narrativa. De este modo, se repara aquella ruptura de la coherencia temporal que el trauma o la pérdida provocaron sobre la historia de vida personal.

El caso que presentamos a continuación constituye una vía media entre ambas perspectivas, pues la recuperación de la coherencia (o de la “polifonía”, dado que se trata de una coherencia basada en la multiplicidad de voces) se

consiguió mediante el abandono de la necesidad de imposición de ésta y mediante la reconsideración de la meta narrativa de nuestro cliente de forma que incluyera aspectos fragmentados. En este caso resulta también evidente la relevancia que cobran los aspectos más nucleares (es decir, la vivencia de la espiritualidad y la trascendencia) ante el impacto de la pérdida.

De la Cacofonía a la Polifonía: Estudio de Caso

Juan² tenía 33 años cuando murió Don Manuel, su padre, en 1996. Juan trabajaba como periodista y crítico literario y cinematográfico, estaba casado y tenía un hijo de cuatro años y otro de seis meses. Era el menor de cinco hermanos varones; David, Antonio, Sergio y Javier que constituían el núcleo de una familia que administraba una pequeña fortuna comercial. Todos ellos residían y trabajaban en Buenos Aires, donde su padre fundó la familia y la empresa familiar tras abandonar su localidad de origen (un pequeño municipio de la costa catalana) y emigrar a la Argentina en 1941, durante la posguerra española. A la muerte de Don Manuel, Juan fue el único de sus hijos que pudo permitirse viajar a España durante un período de tiempo lo bastante largo como para localizar a la familia de origen de su padre y comunicarles la noticia de su fallecimiento además de intentar aclarar algunos aspectos legales testamentarios. De esta forma, Juan se convirtió en el heraldo de la familia y en su informador. Dado que durante esos 55 años Don Manuel se había limitado a mantener contactos esporádicos y siempre por correo con dos de sus hermanas, la familia de Buenos Aires estaba ansiosa por saber detalles de la infancia y juventud de su padre en Cataluña.

La historia que Don Manuel se había construido de ese período era resumida por Juan como sigue³:

Mi padre nos vendió la historia del tipo honesto, conservador, trabajador, cabal, disciplinado, austero... Según él, marchó de España para abrirse nuevos horizontes. La posguerra era muy dura y acá pasaban hambre, así que empacó lo justo y se vino con un carguero a la Argentina.

Siempre hablaba de su partida como de una escena de melodrama

² Para proteger el anonimato del caso se han alterado todos los datos que pudieran permitir identificar a los participantes.

italiano: pañuelos blancos, lágrimas de emoción, promesas de regreso... Por lo demás, nunca dijo mucho de esos 25 años en España: algo de la guerra y del frente, algo de sus padres y sus hermanas... Si le preguntábamos siempre decía que eran recuerdos muy nostálgicos, que agua pasada no mueve molino. Eso sí, guardaba viejas fotografías color sepia de la iglesia y la plaza de su pueblo, muy lindas, y el día de la Virgen patrona de las fiestas almorzábamos todos juntos en el jardín de la casa. Nunca dudamos de nada... cuando chicos porque esas cosas no preocupan a los chicos, y cuando grandes porque quizá nunca nos interesó saber. Le queríamos demasiado para incomodarlo. Sobre todo después de la muerte prematura de mamá, nos parecía que se merecía todo nuestro respeto y cuidado, que era todo lo que teníamos.

Sin embargo, lo que Juan encontró en Cataluña no dejó de resultar un golpe para él. Las hermanas de su padre habían muerto hacía años, pero pudo localizar a unas sobrinas que dijeron no saber nada de la correspondencia entre Don Manuel y su familia catalana. Aparentemente Don Manuel había inventado las cartas. Es más, la historia que ellas relataban de “Manolo el Americano” (así habían oído referirse a él en el pueblo) era la de un joven airado, de vida disipada y dado a la bebida, que huyó de España por una combinación de “líos de faldas” y problemas con las autoridades franquistas por asuntos poco claros de estraperlo. Algunas de las anécdotas del padre de Juan durante su etapa catalana eran legendarias en el pueblo, como sus incursiones nocturnas en el huerto de la casa cuartel de la Guardia Civil para robar higos. Los comentarios de estas informantes no eran malintencionados, sencillamente imprudentes. Su tono jocoso y de complicidad con Juan denotaba que pensaban que esta imagen del pasado de su padre era conocida por él y asumida desde la narrativa del vividor que se fue a hacer las Américas. Nada más lejos de la realidad.

Juan se sintió incapaz de acomodar las dos narrativas sobre su padre. Estaba atrapado en un laberinto sin una salida clara, pues el tiempo de su estancia en España se agotaba y de regreso a Argentina todos querrían saber

³ Los textos incluidos en este capítulo son los que Juan compartió con nosotros durante la terapia, dándonos la debida autorización para su uso y difusión. Hemos adaptado los giros y localismos argentinos para facilitar su comprensión a los lectores españoles.

detalles de la tierra que vio nacer al “insigne patriarca”. Posponer la información cuando le llamaban por teléfono le era posible, pero ¿hasta cuándo? La carga que representaba ser el único conocedor de lo que él definía como el “negro pasado” de su padre se sumaba al dolor por su muerte, aún reciente. Juan tuvo una crisis emocional; se sentía deprimido, desorientado, confuso y ansioso. Fue en ese momento cuando consideró que necesitaba ayuda profesional y, a través de un conocido común, contactó con nosotros como psicoterapeutas.

El caso planteaba un reto hasta cierto punto insólito; se trataba claramente de una terapia familiar (por la omnipresencia de las cuestiones relacionales), pero con la imposibilidad de ver más que a un miembro de la familia. Por otra parte, sólo disponíamos de cinco semanas antes de que Juan debiera regresar a Buenos Aires. Teniendo en cuenta este encuadre, enfocamos el caso de una forma más activa de lo que tenemos por costumbre, haciendo uso de gran cantidad de prescripciones de tareas entre sesiones, dado que Juan disponía de todo el día libre en su hotel de Barcelona para llevarlas a cabo.

Lo primero que pedimos a Juan, como forma de elicitar las narrativas dominantes⁴ que daban sentido a su situación actual, fue que escribiera una carta a su padre explicándole sus sentimientos y que, si así lo deseaba, la compartiera con nosotros. Estos son algunos fragmentos de la carta que Juan nos entregó:

*Papá,
¿Dónde estás? ¿Por qué te has ido? Vine a buscarte y te perdí en el camino. Creí que sería Alex Haley escribiendo “Raíces” y me encuentro a miles de kms. de mis hermanos, mi mujer y mis niños, lejos de todo y de todos, perdido del todo. Y ahora soy el depositario de lo inconcebible. (...) Cuando vine eras un ídolo, un dios, aunque yo nunca te tomara tan en serio como tú a ti mismo. Yo venía a devolver la historia de un triunfador al pueblo que con el corazón roto le vio marchar. Y me encontré siendo el hijo de un “Americano” que se fue para evitar que lo echaran. (...) ¿Quién eras? ¿Por qué soy yo el protagonista de esta absurda réplica de “Ciudadano Kane” en la que ni siquiera puedo buscar*

⁴ La presentación de este caso está basada en las fases del proceso terapéutico tal como se detallan en Botella y Pacheco (este volumen).

dónde pone "Rosebud"? (...) Sólo quisiera que alguien me dijera cómo volver a casa, cómo volver a jugar a un juego del que se conoce la trampa. Sólo quisiera que alguien me asegure que mis hijos no encontrarán cartas marcadas en mi baraja cuando sea yo el que me haya ido.

Con todo, te quiero.

Juan

Los comentarios de Juan en la sesión, y el propio contenido de esta carta, del texto que abría este capítulo y de otros similares, nos llevaron a deconstruir su narrativa dominante en términos de las dimensiones que considerábamos relevantes. La coherencia de la narrativa dominante de Juan y su familia (Don Manuel como "insigne patriarca") había quedado en entredicho ante la emergencia de una narrativa competidora altamente relevante e invalidadora (Don Manuel como "vividor que va a hacer las Américas"). El tema de la historia que trae a Juan a terapia parece ser algo tan fundamental como la dicotomía "verdad/mentira" asociada a honestidad/deshonestidad". Si la historia de su padre era "mentira" eso convertía a Don Manuel en "deshonesto" y, por implicación, a Juan en alguien que, o no sabe quién era su padre en realidad, o tiene que admitir que es hijo de un "mentiroso". De una forma fuertemente reflexiva, Juan relata como no se siente capaz de acomodar ambas caracterizaciones de su padre en un todo coherente, con lo que la propia meta narrativa global quedaba amenazada, incluso en aspectos fuertemente autorreferenciales (tras el ¿quién eras? de la carta del párrafo anterior parece haber un interrogante latente; ¿quién soy yo?). Eso hace que la narrativa tenga un tono general regresivo, es decir, que los acontecimientos narrados se alejen de la meta deseada a medida que el tiempo avanza. Juan atribuye el origen de la incoherencia a su padre (por eso le interpela a él) y siente que su posible iniciativa activa en la situación es una imposición de las circunstancias no del todo justa (nótese que se pregunta por qué es él el protagonista de esta historia).

Como forma de fomentar la emergencia de narrativas subdominantes le leímos a Juan una de nuestras historias favoritas en casos en que lo que parece ser necesario es incrementar la tolerancia a la incoherencia. Se trata de

una pequeña pero a nuestro juicio conmovedora narrativa de la cantante *country* norteamericana Emmylou Harris:

Las guitarras antiguas tienen algo. No sé, suenan bien. Mejor que las nuevas. Pero no basta con que sean viejas. No basta con que se hayan pasado treinta años en su funda. Han de haber servido para tocar, y para acompañar, y para cantar.

Yo tengo una Martin vieja que me regaló un amigo. Él la utilizó para escribir un par de canciones y le tiró unos cuantos whiskys por encima, y lloró muchas veces sobre ella. Y una vez le apagó un cigarrillo en el centro. Todo esto fue antes de que yo le conociese, pero cuando veo esta guitarra me parece ver la escena del crimen como si hubiese estado allí, y como si yo misma hubiese encendido la cerilla.

Al cabo de los años, gente con la mejor de las intenciones se me ha ofrecido para tapar la quemadura. Pero mientras yo continúe viva esta quemadura se queda aquí porque la hizo mi amigo. Y si le tapan la quemadura, esta guitarra ya no será la misma. Tengo pocas cosas claras en esta vida, pero esto sí lo tengo claro.

Basándonos en el fuerte atractivo metafórico de la historia anterior, pedimos a Juan que reflexionara sobre la relación entre la guitarra, la quemadura, y la belleza de la música de las guitarras viejas y quemadas. Que pensase en las quemaduras y la música de su propia vida, en cómo la percibirían los que le querían; que reflexionase sobre las quemaduras y la música de la vida de su padre. En la siguiente sesión, Juan nos entregó este texto, breve pero intenso, manuscrito en un fragmento del papel de cartas de su hotel:

Todos somos guitarras viejas, ¿no es cierto? Todos lucimos quemaduras de la vida, aunque a veces intentemos ocultarlas a los ojos de los demás o de nosotros mismos. Lo que me leísteis me hizo reflexionar mucho. Nunca antes me había planteado que las quemaduras tuvieran una belleza en sí mismas, que fuesen testimonio de que la guitarra ha vivido y ha servido para transmitir y despertar emociones. Las palabras que venían a mi mente eran “perdón” y “aceptación”. Todo pasa, todo aparece y desaparece, la paz está más allá de las apariencias. Guitarra y quemadura son una sola cosa, una no tiene sentido sin la otra. Quizá

no se trate de hacer que las cosas encajen, sino de abandonar la necesidad de hacerlas encajar, de fluir con el río de la vida y disfrutar del paisaje. De dejarlo todo en manos de la benevolencia de Dios. No sé, es demasiado fácil decir esto estando tan lejos de casa.

En este texto se advierte la emergencia de una narrativa subdominante (la de la benevolencia divina, el perdón y la aceptación) que permitía a Juan construir una visión alternativa de su experiencia. Esta narrativa alternativa liberaba sus recursos para poder cuestionarse la narrativa dominante que los limitaba.

Decidimos apoyar su cuestionamiento del discurso subyacente a la metáfora de las “cartas marcadas” a las que Juan hacía referencia, reemplazándolo por la metáfora de las “quemaduras en la guitarra”, aceptada y elaborada con más detalle en el texto anterior. La convergencia entre su narrativa y la de Emmylou Harris es una muestra más de que Juan aceptó e hizo suya esa metáfora. El tema de ambas narrativas es la tolerancia a la incoherencia, “el abandono de la necesidad de hacer que las cosas encajen” en palabras del propio Juan. Una vez aceptada esta metáfora y en contraposición con la narrativa original, Juan empezó a sentirse capaz de acomodar la visión de un padre que, en lugar de “jugar con cartas marcadas” (con la connotación de “tramposo”), “lucía quemaduras de la vida” (con la connotación de “testimonio de haber vivido”). Por otro lado, a diferencia de la carta que Juan había escrito a su padre, estas dos últimas narrativas sugieren un tono general progresivo, es decir, los acontecimientos narrados se aproximan a la meta deseada a medida que el tiempo avanza.

Al igual que en la narrativa de Emmylou Harris, Juan se atribuye a sí mismo el origen de los acontecimientos narrados. El padre ya no es el culpable de su sentimiento de incoherencia y él alguien confundido que no sabe cómo dar sentido a lo ocurrido; no se percibe el tono de reproche y de confusión que se percibía en la carta escrita al padre. En la nueva narrativa se advierte un tono de aceptación y perdón (teñido por la imagen de un Dios benevolente), de mayor comprensión a la vez que mayor sensación de control, de posibilidad de modificación de la situación; en definitiva, de iniciativa activa. En este punto, Juan añadía:

Una vez leí en algún sitio (¿o quizá se lo escuché a alguien?), no sé dónde ni a quien, algo así: Si protegemos los desfiladeros del efecto de

las tormentas, nunca veremos la belleza de sus erosiones. En ese momento no entendí (o no me importó) el significado de esta frase. Ahora tiene sentido; las quemaduras de la guitarra, las erosiones de los desfiladeros... testimonios del paso del tiempo, belleza e imperfección, dos caras de una misma moneda.

A partir de ese momento, centramos la relación terapéutica en la validación de la narrativa alternativa de Juan. En este caso, lo que hicimos fue invitar a Juan a llevar a cabo una variante improvisada de la técnica guesáltica de las dos sillas. Le propusimos que eligiera cuatro personas importantes para él (que resultaron ser sus dos hijos, su mujer y uno de sus hermanos) y se describiera a sí mismo tal como creía que lo haría cada uno de ellos. El ejercicio le resultó emocionalmente impactante, pues se dio cuenta que las cuatro descripciones no eran absolutamente coherentes entre sí. Al ejercicio le siguió el siguiente diálogo:

TERAPEUTA: Y bien... ¿qué crees que pasa aquí? Es como... como si hubiese un error en algún punto de vista o...

JUAN: Y... no. Es decir, no creo. Supongo que es bastante obvio que cada uno de ellos conoce a un Juan un poco diferente...

T: Ajá. ¿Y cuál es el Juan de verdad?

J: Todos y ninguno. Bueno, sé que suena absurdo pero... yo soy todo eso que dije recién y más.

T: Ya veo. Vuelves a la imagen del rompecabezas... Quédate con ella por un momento y descríbeme qué ves... qué sientes...

J: Está bien. Veo... las piezas individuales, sus colores y formas... las manipulo para ver si encajan... algunas sí... otras no... Pero el rompecabezas tiene una textura orgánica, casi viva, que me absorbe. Podría ser un grabado de Escher en que quién está armando el rompecabezas acaba siendo parte del propio rompecabezas...

T: ¡Qué interesante! ¿Podrías focalizar tu atención en las emociones que acompañan a esta imagen? ¿Qué sientes? ¿Qué...

J: Primero una cierta náusea por lo inesperado del descubrimiento, me siento casi pegado al rompecabezas... luego dejo de luchar para despegarme y siento un calor que me envuelve, como si estuviese envuelto por una membrana protectora que se extiende hasta donde

alcanzo ver o sentir... me recuerda la colcha que tenía la cama de mis padres cuando me escapaba para dormir un rato en su cama los domingos por la mañana... (llora) es muy agradable.

T: Ajá... Muy bien... ¿Puedes establecer alguna conexión entre esta experiencia y lo que hemos estado comentando estos días?

J: No. No inmediatamente. El impacto es ahora demasiado fuerte.

Necesito pensarlo. Pero creo que todo tiene un sentido profundo que aún no alcanzo a ver. Me siento mejor.

Juan sentía que todo cuánto parecía nítido antes de venir a Barcelona se había vuelto turbio una vez aquí. De algún modo no alcanzaba a comprender todo lo que estaba sucediendo--al menos de inmediato. Había venido a Barcelona para completar el epílogo a la historia de quién era su padre y se había encontrado con una narrativa (la de "Manolo el Americano") que le parecía incompatible con una imagen coherente de él. Tras reflexionar sobre el trabajo que habíamos llevado a cabo conjuntamente en las sesiones de terapia, Juan empezó a abandonar la idea de que pudiese existir una "única imagen de su padre", la "verdadera", la "real". Empezó a sospechar que quizá no habría manera de dar con "su padre tal cual era"; o más aun, que quizá esto carecía de sentido. Si el propio Juan era todo eso que había dicho en sesión y más, lo mismo debía suceder con su padre. A medida que se percataba de la polifonía de voces sobre él mismo (y sobre su padre) iba desapareciendo la sensación de vértigo que le provocaba no encontrar el "núcleo" de cómo era su padre, su "verdadera personalidad". La multiplicación de opiniones hacía difícil determinar qué era lo verdadero. ¿No sería que su padre fue todo y más que cuanto la gente contaba de él? ¿No sería que todos existimos en relación con los demás, en un proceso social inherente al ser personal? ¿No sería que "ningún hombre es una isla" (Merton, 1962)? Pensar de este modo liberó a Juan de tener que configurar una imagen coherente de su padre. Ahora le parecía absurdo obligarse a determinar si el verdadero era "Don Manuel" o "Manolo el Americano". Probablemente porque ambos lo eran; probablemente porque ambos eran versiones de la misma persona producto de distintas relaciones. Juan siguió pensando en lo que había sucedido en la sesión. Consideró que seguramente todos estamos compuestos por varias voces en función de nuestra participación en diferentes procesos sociales; voces que si bien no son

idénticas (Gergen, 1992) sí configuran una polifonía que contribuye a la belleza del producto final.

Esta nueva visión permitió a Juan abandonar la idea de que su padre fuera una persona “mentirosa” y “deshonesta”. Se dio cuenta de que lo que ven los demás en nosotros depende de la posición relacional que ocupen. Esta noción le llevó a un abandono del rol de “crítico objetivo” de la vida de su padre.

La puesta en práctica de las narrativas alternativas que daban sentido a la experiencia de Juan vino en este caso no de la prescripción de ninguna tarea, sino de un descubrimiento fortuito del propio Juan, que él relataba en la siguiente carta a su padre. Una vez más, el impacto emocional de la reconstrucción se hace evidente para cualquier lector sensible:

Papá,

Hoy fui a un negocio de libros usados en Barcelona (ya sabes, siempre me gustó el olor de los libros viejos). Entre novelitas de Salgari y de Dumas, con estampas de colores, me encontré con un librito de apenas ocho páginas, editado en 1934 por el Rotary Club Internacional que (¿puedes creerlo?) traía cuatro versiones de If, de Kipling, ese colonialista descastado. Ya casi no recordaba ni la original inglesa, pero la que me dio una trompada en el alma fue la española. Te anoté algunas estrofas:

*Si sabes esperar sin que la espera canse
y dejar que te mientan sin que mientan tus labios,
o dejar que te odien sin que el odio te alcance
y aun así no creerte más bueno ni más sabio.
Si sabes de tu hacienda convertida en escombros,
levantar otra hacienda con más brío y más luz,
y sin bajar el rostro, sin encoger tus hombros
aún puedes tus ganancias jugar a cara o cruz.
Si llenas el minuto que inexorable vuela
con sesenta segundos profundos como el mar,
tuya es la Tierra hijo, y aquello que hay en ella;
es más, serás un hombre, un hombre de verdad.*

Me quedé unos minutos congelado allá, con el librito en las manos, pensando que ese bastardo de Kipling se acababa de meter en mis

entrañas, aunque él no pudiera llorar por mis ojos. No quise incomodar a nadie y marché al Hotel para no ponerme a sollozar en la librería. Me dirigí al baño de la habitación para lavarme la cara, con los ojos aún enrojecidos. Al mirarme al espejo... te vi dentro de mí. Vi tu rostro asomándose al mío. De repente entendí porque Mamá siempre dijo que de los cinco, yo era el que más me parecía a ti. Y supe que ya no importaba si tu vida era o no un rompecabezas desarmado. Fuese lo que fuese no podía negar algo: tu y yo estamos conectados como dos velas cuando la llama de una pasa a la otra... aunque la primera se apague. Ahora sé donde está mi lugar. Volveré a casa y les diré a todos que mi padre no era poderoso ni infalible como un ídolo, sino algo infinitamente más grande que eso; un hombre.

En este texto se hace evidente el proceso reconstructivo no sólo como comprensión del pasado sino como fuente de acciones futuras. Con la lectura del poema de Kipling (que parece interpelarlo) Juan se da cuenta de que no sólo es necesario aceptar a su padre sino que además debe aceptarlo como parte de sí mismo.

Es la expresión de su reconocimiento de ello. Lo que ha hecho con el pasado de su padre debe hacerlo consigo mismo para poder seguir su camino. Si sabe aceptar a las personas como se muestran, incluso con sus defectos, no para presumir de ser mejor sino simplemente porque debe ser así; si sabe sobreponerse a lo que una vez le derrumbó (como el descubrimiento de esas otras historias sobre su padre) y seguir adelante; si puede utilizar todo esto como fuente de crecimiento personal, volviéndose a arriesgar en la vida, sin tener miedo a los acontecimientos adversos; si vive la vida, su vida será suya. Esto es lo que define a los hombres. Esto es lo que hizo de su padre un hombre. Ahora ya podía regresar a Argentina y decir, sin avergonzarse, que su padre “*no era poderoso ni infalible.*” De este modo, se hacía patente la utilidad de su nueva narrativa, que no sólo daba sentido al pasado sino que además le permitía planificar sus acciones futuras.

Como forma de fomentar la reflexividad, y debido a que la estancia de Juan en Barcelona tocaba a su fin, le pedimos que redactara una carta sobre qué sentía que había obtenido del proceso terapéutico y cómo haría que sus beneficios se mantuvieran. Juan escribió desde Buenos Aires, pero no una

carta sino una tarjeta postal. La imagen de la tarjeta era una vieja foto de su padre, en color sepia. Al dorso había sólo unas líneas extraídas de un tango: *sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando.*

Referencias

Adams-Westcott, J., Dafforn, T., & Sterne, P. (1993). Escaping victim life stories and co-constructing personal agency. In S. Gilligan & R. Price (Eds.), Therapeutic conversations. New York: W.W. Norton & Company.

Botella, L., & Feixas, G. (1993). The autobiographical group: A tool for the reconstruction of past life experience with the aged. International Journal of Aging and Human Development, *4*, 303-319.

Botella, L., y Feixas, G. (1998). Teoría de constructos personales: Aplicaciones a la práctica psicológica. Barcelona: Laertes.

Botella, L., Neimeyer, R. A., Herrero, O., Pacheco, M., Figueras, S., & Werner-Wildner, L. A. (in press). The meaning of your absence: One father's story of grief. In R. A. Neimeyer (Ed.), Meaning Reconstruction and Loss. Washington, DC: APA.

Canine, J.D. (1990). I can, I will. Birmingham, Mich.: Ball Publishers.

Engel, G. (1964). Grief and grieving. American Journal of Nursing, *64*, 93-98.

Gergen, K. (1992). El yo saturado. Barcelona: Paidós.

Kelly, G. A. (1955/1991). The psychology of personal constructs (Vols. 1 and 2). London: Routledge.

Kirby, A.P. (1991). Narrative and the self. Bloomington: Indiana University Press.

Klion, R.E., & Pfenninger, D.T. (1996). Role constriction and Vietnam-era combat veterans. Journal of Constructivist Psychology, *9*, 121-145.

Kubler-Ross, E. (1969). On death and dying. New York: Macmillan.

Lindemann, E. (1944). Symptomology and management of acute grief. American Journal of Psychiatry, *101*, 141-148.

Merton, T. (1962). Los hombres no son islas. Barcelona: EDHASA.

Neimeyer (1997). Meaning reconstruction and the experience of chronic loss. In K. J. Doka and J. Davidson (Eds.), Living with grief: When illness is prolonged. Washington, D.C.: Hospice Foundation of America.

Neimeyer, R.A., Keesee, N.J., & Fortner, B.V. (1997). Loss and meaning reconstruction: Propositions and procedures. In S. Rubin, R. Malkinson and E. Witztum (Eds.), Traumatic and non-traumatic loss and bereavement: Clinical theory and practice. Madison, CT: Psychosocial Press.

Neimeyer, R.A., & Stewart, A.E. (1996). Trauma, healing, and the narrative emplotment of loss. Families in Society: The Journal of Contemporary Human Services, 77, 360-375.

Polkinghorne, D.E. (1991). Narrative and self-concept. Journal of narrative and life history, 1, 135-153.

Ricoeur, P. (1991). Life in quest of narrative. In D. Woods (Ed.), On Paul Ricoeur: Narrative and interpretation. London: Routledge.

Rood, L. (1997, July). Identity dissonance in trauma and loss. Paper presented at the XII International Congress on Personal Construct Psychology, Seattle, Washington.

Sewell, K. (1996). Constructional risk factors for a post-traumatic stress response following a mass murder. Journal of Constructivist Psychology, 9, 112-134.

Sewell, K., Cromwell, R.L., Farrell-Higgins, J., Palmer, R., Ohlde, C., & Patterson, T.W. (1996). Hierarchical elaboration in the conceptual structure of vietnam combat veterans. Journal of Constructivist Psychology, 9, 23-36.

Siegel, D.J. (1995). Memory, trauma, and psychotherapy: A cognitive science view. Journal of Psychotherapy Practice and Research, 4, 93-122.

Terrell, C.J., & Lyddon, W.J. (1995). Narrative and psychotherapy. Journal of constructivist psychotherapy, 9, 27-44.

Van der Hart, O., & Brown, P. (1992). Abreaction re-evaluated. Dissociation, 5, 127-138.

Vogel, D. (1994). Narrative perspectives in theory and therapy. Journal of Constructivist Psychology, 7, 243- 261.